

EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

DÉUDA
DE SANGRE,

CUADRO DRAMÁTICO

POR

D. JOSÉ VELAZQUEZ Y SANCHEZ.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

(Sucesor de Hijos de A. Gullon.)

PEZ, 40.—OFICINAS. POZAS,—2—2.º

—
1885.

082

AUMENTO A LA ADICION DE 11 DE JUNIO DE 1883.

COMEDIAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
Anuncio de venta.....	1	Sres. J. Cuesta y Gay.....	Todo.
Cambio de génió.....	1	D. Luis Suarez.....	»
Cambio de habitacion.....	1	G. Perrin.....	»
Cortarse la coleta.....	1	E. Segovia.....	»
Contrastes matrimoniales.....	1	Federico Olona.....	»
Deuda de sangre.....	1	J. Velazquez y Sanchez..	»
En el portal de mi casa.....	1	Juan Maestre.....	»
El cap d'Holofernes.....	1	Antonio Roig.....	»
En la plaza de Bons ó mi hora de cuarentena.....	1	Antonio Roig.....	»
Els bans de les barraquetes.....	1	Antonio Roig.....	»
La catástrofe de Casamicciola.....	1	Jaime Piquet.....	»
La desconocida de san Jorge.....	1	Vicente Cobos.....	»
Matrimonios modelo.....	1	R. Caruncho.....	»
Recuerdos de gloria.....	1	R. Caruncho.....	»
Tres abelles de colmena.....	1	Antonio Roig.....	»
Una tiple averiada.....	1	Federico Olona.....	»
Un barber de Carreró.....	1	Antonio Roig.....	»
Un chucho municipal.....	1	Antonio Roig.....	»
Un recalcitrante.....	1	Juan Marina.....	»
Venga de ahí.....	1	Juan Maestre.....	»
El asistente Quiñones.....	2	E. Zumel.....	»
De carne y hueso.....	3	Vicente Colorado.....	»
El otro.....	3	Miguel Echegaray.....	»

DEUDA DE SANGRE.

C2082

DEUDA DE SANGRE,

CUADRO DRAMÁTICO

POR

DON JOSÉ VELAZQUEZ Y SANCHEZ.

Representado con extraordinario éxito en el Teatro MARTIN la noche
del 5 de Marzo de 1874.

ISMAEL S. ESTEVAN

SEGUNDA EDICION.

MADRID.—1883.

IMPRENTA DE COSME RODRIGUEZ,

SOBRINO DE DON JOSÉ RODRIGUEZ.

Calvario, n.º 18.

PERSONAJES.

ACTORES.

<i>Al.</i> RUPERTA.....	SRTA. TORRECILLA.
<i>Sancho</i> BRÍGIDA.....	SRA. SOLÍS.
<i>Raymundo</i> ANTONIO.....	SRES. RODRIGUEZ (A.).
<i>Manolo</i> SANCHEZ.....	RODRIGUEZ (F.).
<i>Sancho</i> JUAN, el idiota.....	CÁMARA.
<i>Alvaro</i> DON LEOPOLDO.....	FRAILE.
<i>Esteban</i> ROBLEDO.....	GALÉ.

Escopeteros.—Guardias Civiles.

Esta obra es propiedad de Doña María Loreto Gullon de Fiscowich, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

La propietaria se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

TESTIMONIO DE RESPETUOSA ESTIMACION

AL SEÑOR DON

FERNANDO DE LEON Y CASTILLO

Del Autor.

ISMAEL S. ESTEVAN

ACTO ÚNICO.

Sala humilde. Es de noche. Puerta al fondo, y á su derecha antiguo reló de caja, que deja oír las ocho al abriese la escena. Á la derecha, primer término, chimenea, á cuyo calor mece Ruperta á su hijo. Á la izquierda mesa con tapete, recado de escribir, libros, papeles y un quinqué grande: sillón de baqueta. Puerta al mismo lado, que conduce al interior de la casa: ventana enfrente.

ESCENA PRIMERA.

RUPERTA.

RUPERTA. Duerme, amor de mi existencia,
el sueño de la inocencia,
que guardan con celo igual
la divina Providencia
y el cariño maternal.
Reposa, tierno capullo
del plantel de mis amores.
de mi porvenir orgullo;
que mansamente te arrullo
como el céfiro á las flores.
En su rostro se divisa
expresion vaga, indecisa,
de que un ensueño le engríe;
quizá un ángel le sonrío
y refleja su sonrisa.
Le miro brebes instantes
por resistir al empeño
de mis ímpetus amantes
rehusando turbar su sueño

Si le oyeras referir
con su franqueza expansiva
los lances de su campaña
en el africano clima!

BRIGIDA. Y aquí todos lo celebran;
y lo atienden; y lo estiman;
y como alcalde es modelo
de rectitud y justicia.

RUPERTA. Harto me pesa ese cargo,
que de su hogar le desvía;
trayéndole compromisos,
riesgos, afares y cuitas.

BRIGIDA. Venga el rapaz.

RUPERTA. (Entregándoselo) Que le abrigues.

BRIGIDA. Más bonito no se pinta.

(Váse por la izquierda.)

ESCENA III.

RUPERTA, luego DOS ESCOPETEROS.

RUPERTA. Avivemos del hogar
la llama casi extinguida;
que el fuego alegre y convida
su calor á trabajar. (Lo ejecuta.)
Bien hayas, grato fulgor,
que restauras este centro.
Vamos á buscar adentro
la cestilla de labor.

(Al levantarse aparecen en la puerta del foro
dos Escopeteros, y el cabo entrega un pliego
á Ruperta.)

¡Hola!... Entregado será
cuando vuelva su mercé.

Adios. (Los Escopeteros se retiran.)

Aquí lo pondré
aparte, y se fijará.

Fué mi oposicion en balde
al expuesto cargo este.
Quiera Dios que no le cueste
caro el destino de alcalde.
Y con esos malhechores

que infestan hoy el distrito,
van aumentando infinito
del cargo los sinsabores.
Aciaga ambicion de ser,
tú vienes por fruto á dar
que todos quieran mandar
y ninguno obedecer.
Mas al gusto me acomodo
del que es de mi sér mitad,
y hágase su voluntad,
y la de Dios sobre todo.
(Entra por la puerta de la izquierda.)

ESCENA IV.

JUAN, el idiota, luégo RUPERTA.

Juan entra con lentitud y aspecto de imbecilidad hasta frente de la puerta izquierda. Registra el terreno con mirada escrutadora, alarga el oído con inquietud: se dirige á la mesa y examina el pliego, traído por los Escopeteros; sonriendo al dejarlo en su lugar. Vuelve á fingir el idiotismo: se dirige á la chimenea: arrima un banquillo y se sienta de espaldas al público, y en actitud de profundo cansancio.

RUPERTA. El idiota pobre sér,
cuya vida es triste sueño,
y que como can sin dueño
vá errante hasta perecer.
¡Infeliz! Su situacion
me causa profunda pena
y su presencia me llena
de inquietud y compasion.
(Se sienta frente al idiota, y comienza su labor)
Le examino, y no es posible
encontrar á mi eficacia
los rastros de su desgracia
en ese rostro impasible.
No peca en simple, ni en loco:
muerto está su entendimiento.
¿Será así de nacimiento?...
¿Se habrá quedado hace poco?

Como Brígida, no dudo
de su desdicha notoria,
por más que busque una historia
en ese semblante mudo.
Brígida dá en recelar
de este hombre, dello tan cierta
que... á tu trabajo, Ruperta.
No puede Antonio tardar.

ESCENA V.

DICHOS y BRÍGIDA.

- BRIGIDA. ¡Hola! Ya pareció aquello.
Sépasquién es Calleja.
- RUPERTA. Brígida...
- BRIGIDA. Repantigado
el tonto en la chimenea.
- RUPERTA. Caridad.
- BRIGIDA. Lo que es á mí
el simple no me la pega.
- RUPERTA. ¡Válgate Dios! Para todos
eres servicial y buena,
y con este desgraciado
tienes entrañas de piedra.
- BRIGIDA. ¡Desgraciado! Él come, bebe,
entra, sale, se pasea,
se instala donde le place,
se marcha cuando le peta;
oye, vé, calla, subsiste;
nadie le obstruye su puerta;
y es una especie de bobo,
que en serlo funda una renta.
- RUPERTA. Bien sabes que lo encontraron
en lo espeso de la selva
atado á un árbol y exánime,
los monteros de la aldea.
Estuvo en el hospital,
sin dar del suceso cuenta!
é imbécil lo declararon
los médicos.
- BRIGIDA. Cosa cierta:

- pero el reconocimiento
debió de hacerlo el albéitar;
que el compadre Nicolás
entiende de hombres y bestias.
- RUPERTA. Hace dos meses que vaga
por aquí, como alma en pena;
mudo; triste; inofensivo;
inerte á bondad y abefa;
coge el pan, si se lo alargan;
bebe, si se le presenta;
toma lo que se le brinda;
nada á impresionarle llega.
Ya ves lo que tú le dices
é imperturbable se muestra.
- BRIGIDA. Esa frescura es comun
á tontos y á sin vergüenzas.
- RUPERTA. En la persona del pobre
á Cristo se reverencia.
- BRIGIDA. Es que este pobre es la imágen
de Barrabás ó de Gétas.
- RUPERTA. Francamente; me repugna
esa enconada insistencia.
- BRIGIDA. ¡Plegue á Dios que yo me engañe,
y usted que sentir no tenga!
- RUPERTA. Basta.
- BRIGIDA. Punto y al trabajo.
(Se sienta á hacer calceta.)
- RUPERTA. Es lo mejor, álguien llega.

ESCENA VI.

DICHOS y ROBLEDO con la correspondencia.

- ROBLEDO. Santas noches nos dé Dios.
- RUPERTA. Felices.
- BRIGIDA. ¿Qué traes, Robledo?
- ROBLEDO. Mi persona, madre Brígida,
y tres cartas del correo.
(Las coloca en la mesa de despacho.)
(Á Juan.) Galápagos!
- BRIGIDA. Sí, de fijo
que no te cede su puesto.

- RUPERTA. ¿Y Antonio?
ROBLEDO. El señor alcalde no tadará, según creo. Está en la cárcel tomando la declaración á un preso.
- RUPERTA. ¿De Penagos?
ROBLEDO. No señora. Es un mozo forastero, mal encarado y barbudo; con trazas de mal sujeto.
- BRIGIDA. ¿Y en qué fallo le han cogido?
ROBLEDO. Lo que se llama cogerlo, en ninguno; pero en cambio sus modales y su aspecto, y la denuncia...
- BRIGIDA. ¿De quién?
ROBLEDO. De Ginés Plaza, el arriero. Parece que ese individuo se ha presentado en el pueblo, con un mulo, que conviene en las señas y en el hierro, con el que á Ginés robaron hará como mes y medio.
- BRIGIDA. Tal vez el que está en la cárcel creyó comprarle á su dueño, y esa prision...
- RUPERTA. Cuando Antonio su detencion ha dispuesto habré indicios que la apoyen.
- ROBLEDO. La facha es un dato pésimo.
- BRIGIDA. Si ya se prende por fachas ¿cómo anda este peine suelto?
(Señalando al idiota.)
- ROBLEDO. Además, el detenido carece de documentos; y como abundan y crecen hurtos, robos y secuestros...
- RUPERTA. Es preciso que se adopten los recursos más enérgicos, y á los que induzcan sospechas...
- BRIGIDA. Como el tonto, por ejemplo.
- RUPERTA. ¡Brígida!

BRIGIDA. Se me escapó.
ROBLEDO. El señor alcalde.
RUPERTA. (Levantándose.) Bueno.

ESCENA VII.

DICHOS y ANTONIO por el foro.

ANTONIO. Alabado sea el Señor.
RUPERTA. Por siempre. (Dándole la mano.)
ROBLEDO. El correo ha venido.
ANTONIO. Bueno. ¿Y el niño?
RUPERTA. Dormido.
ANTONIO. Pues vas á hacerme un favor.
RUPERTA. Habla.
ANTONIO. La señora Rita,

que iba mejor de su achaque,
ha sufrido nuevo ataque
y has de hacerla una visita.
Hacerla yo resolví;
pero quedó en intenciones
por estas complicaciones,
y tú cumplirás por mí.
Robledo contigo irá.

RUPERTA. Está bien. Voy por el manto.
Adios.

ANTONIO. Brígida entretanto
junto al niño velará. (Váse Ruperta.)

BRIGIDA. En mi puesto estaré alerta.

ANTONIO. Conozco tu fé acendrada
y la estimo. (Á Juan.) Camarada,
¿tenemos frio?

BRIGIDA. Á la otra puerta.

ANTONIO. Con este pobre eres rígida.

BRIGIDA. Es un pobre sospechoso.

RUPERTA. Hasta luégo, amado esposo.

Vamos, Robledo. Anda, Brígida.
(Sale por el fondo seguida de Robledo.)

ANTONIO. El gobernador me envia
bajo reserva esta nota.

BRIGIDA. (Al oído.) Despache usted al idiota.
(Entra por la puerta de la izquierda.)

ANTONIO. Es una monomanía.

ESCENA VIII.

ANTONIO y JUAN.

ANTONIO. Estamos en un terrible
compromiso los alcaldes
de la montaña, asediados
por oscuros criminales,
que roban, cautivan, matan,
sin que los encuentre nadie.
Y bajan de Santander
instrucciones fulminantes,
y por inquirir las güellas
de esa canalla impalpable
se impone al que viene ó vá
dura série de vejámenes.
¡Maldita vara! Cediendo
á empeños é instancias grandes,
consentí en ser de justicia,
sin pensar lo que esto trae.
No en vano mostró Ruperta
aversion á este carácter
de mandon en una villa,
que es sinónimo de nadie,
en realidad, y de mucho
en responsabilidades.
Dotada está la mujer
con un instinto admirable,
y uno suele conocerlo
cuando por su mal es tarde.
(Se instala en el sillón.)
Ya es preciso dominar
de esta situacion los trances;
que cuando el peligro arrecia
no procede retirarse.
Los electores me dieron
voto espontáneo y unánime,
buscando un hombre de impulso;
íntegro; de buena sangre:
pues á realizar el tipo
ó á sucumbir en el lance.

Vamos á ver cómo aprecia
la capital nuestros males.
(Lee.) »En vista del incremento
»que de algun tiempo á esta parte
»se nota en las fechorías
»de pueblos, tranquilos ántes,
»he decidido adoptar
»medidas excepcionales;
»esperando las secunde
»con eficacia en sus trámites;
»pues cualquiera transgresion
»la estimaré culpa grave.»
Propio estilo de baja:
la amenaza por delante.
(Lee.) »Para emprender la inmediata
»persecucion, incansable,
»recorrerá ese distrito
»una partida volante
»de guardia civil, al mando
»del sargento Pablo Sanchez,
»que provisto de instrucciones
»lleva estensas facultades.»
¡Pablo Sanchez!... El recuerdo
de ese nombre algo me trae
á la memoria. (Se oye llorar al niño.)
(Levantándose.) ¿Qué escucho?
Se habrá despertado mi ángel:
la vieja se habrá dormido...
Vamos á verlo ¡qué diantre! (Vase.)

ESCENA IX.

JUAN, luégo D. LEOPOLDO.

Juan se levanta con precipitacion recelosa: se dirige á la mesa: repasa el oficio con inquieta avidéz: lo abandona y retrocede con precaucion hácia su puesto en la chimenea. Antes de sentarse entra don Leopoldo, y Juan queda de pié é inmóvil.

LEOPOLDO. ¡Ah de casa!... Buen amigo,

¿el señor alcalde?... Juan,
han preso á Lucas.

(Juan hace un signo imperioso de silencio.)

¡Que calle!

(Juan señala á la habitación de la izquierda.)

Es que tenemos que hablar.

(Juan lo separa de sí con violencia.)

En la venta.

(Juan le hace señal de cautelosa despedida.)

Que no faltes.

(Juan sale recelosamente por el fondo.)

Hace un tonto magistral.

De audaces es la fortuna:

vamos el golpe á intentar,

porque Lucas es un bestia,

de descubrirnos capaz,

si cree que se le abandona

en este funesto azar.

ESCENA X.

D. LEOPOLDO y ANTONIO.

ANTONIO. Buenas noches.

LEOPOLDO. ¿Es usted
el alcalde de esta aldea?

ANTONIO. Para lo que útil me crea.

LEOPOLDO. Agradezco la merced.
Vengo...

ANTONIO. Antes de comenzar
hágame usted el favor
de sentarse.

LEOPOLDO. No señor:
me interesa despachar.

ANTONIO. Bien. (Se sienta.) Estoy á su mando.

LEOPOLDO. Soy don Leopoldo Ferrer,
vecino de Santander,
negociante y hacendado.
En vários pueblos montadas
casas de tráfico tengo,
y mis intereses vengo
á cobrar por temporadas.

Me acompaña en gira tal
Lúcas del Pino y Orozco,
un sirviente...

ANTONIO. Le conozco.

LEOPOLDO. Honrado á carta cabal.
Hoy llego al oscurecer,
y extrañando no me aguarde
se me informa que esta tarde
usted lo mandó prender.
Parece que cierto arriero...

ANTONIO. Ginés de Plaza y Angulo.

LEOPOLDO. Le imputa el robo del mulo
en que viene caballero;
y excusando un compromiso
vengo el asunto á cortar,
y fianza bastante á dar
de una récua, si es preciso.
La ayuda me es necesaria
del mozo que usted me ha preso,
exponiéndose á un proceso
por detencion arbitraria.

ANTONIO. No es una arbitrariedad
la prision, segun mi cuenta,
de un hombre que no presenta
cédula de vecindad.

LEOPOLDO. (Con brío.) Yo transito sin ninguna,
y á salvo de detenciones;
y he visto á muchos ladrones,
que llevan cinco en vez de una.

ANTONIO. Bien. Ese arranque de teatro
conmigo no hace fortuna:
la ley se cumple con una,
y sobran las otras cuatro.

LEOPOLDO. Cortemos esta porfía,
y escarecele á mi criado
á quien yo dejaré fiado.

ANTONIO. Bueno. Y á usted ¿quién le fia?

LEOPOLDO. ¡Qué indica con frase tall
¿Conoce usted á don Pío
de la Peña? Ese es mi tío;
diputado provincial.
¿Y al marqués de la Cañada?

- ANTONIO. Me va dando mala espina
una persona tan fina
y tan bien relacionada.
- LEOPOLDO. No vengo el tiempo á perder,
sino un disgusto á evitar.
¿Me puedo á Lúcas llevar?
- ANTONIO. Amigo, no puede ser.
- LEOPOLDO. Pues me será doloroso
tomar recursos violentos.
- ANTONIO. Carece de documentos, (Se levanta.)
y además es sospechoso.
- LEOPOLDO. Yo soy bueno hasta la médula
de los huesos bien á bien;
pero...
- ANTONIO. Sospecho tambien
de usted, que no trae la cédula.
- LEOPOLDO. ¡Señor alcalde!
- ANTONIO. La ley
marca requisito tal.
- LEOPOLDO. Pudieran salirle mal
esos desplantes de bey.
- ANTONIO. Pues de verlo estoy curioso.
- LEOPOLDO. Pues adios. (Va á salir.)
- ANTONIO. (Deteniéndole.) Salir le impido.
- LEOPOLDO. ¡Cómo!
- ANTONIO. Queda detenido.
- LEOPOLDO. ¡Yo! ¿Por qué?
- ANTONIO. Por sospechoso.
- LEOPOLDO. Tropelía tan declarada...
- ANTONIO. Pagaré, si usted empeña
á ese don Pío de la Peña,
ó al marqués de la Cañada.
- LEOPOLDO. Yo no me dejo burlar. (Intenta salir.)
- ANTONIO. ¡Quieto!
(Apuntándole con una pistola de bolsillo.)
- LEOPOLDO. Alcalde, esa violencia...
- ANTONIO. No oponga usted resistencia,
porque le puede pesar. (Guarda la pistola.)
- LEOPOLDO. Mejorada en tercio y quinto
la ofensa le he de volver.
- ANTONIO. Don Leopoldo, quiero ver
si me ha engañado mi instinto.

LEOPOLDO. Llevará ruda lección.
ANTONIO. Ganar la partida espero;
que detrás del caballero
claro distingo al bribon.

ESCENA XI.

DICHOS, RUPERTA y ROBLEDO

RUPERTA. Estamos de vuelta.
ANTONIO. Bien.
Yo voy á salir, Robledo,
es preciso acompañar
un rato á este caballero
LEOPOLDO. (Bajo á Antonio.) ¿Insiste usted en su idea?
ANTONIO. Y voy á llevarla á término.
Vamos. (Asiéndole de un brazo.)
Reflexione usted...
LEOPOLDO.
ANTONIO. Vamos, y fuera hablaremos.
(Salen y Robledo los sigue.)
RUPERTA. Brígida.
BRIGIDA. Señora.
RUPERTA. Toma
el manto.
BRIGIDA. Y ahora que me acuerdo:
falta pan para la cena.
RUPERTA. ¿Sí? pues anda: toma el cesto
y llega al horno por él.
Escucha. ¿Tienes dinero?
BRIGIDA. La vuelta del medio duro
que dió el marchante de huevos.
RUPERTA. No tardes. (Brígida entra á la izquierda.)
Continuaré
mi labor cerca del fuego. (Se sienta.)
Aquí, ocupadas las manos,
y libre mi pensamiento,
se engolfa mi fantasía
en los espacios inmensos.
(Sale Brígida con el cesto.)
BRIGIDA. Dejo entornada la puerta.
RUPERTA. Anda con Dios.
BRIGIDA. Pronto vuelvo.

ESCENA XII.

RUPERTA, luego JUAN el idiota

RUPERTA Media vida es la candela,
como el adagio relata.
(Se oye acompañamiento de guitarra.)
Bien. Anuncia serenata
el preludio de vihuela. (Se levanta.)
Será el hijo de Quiróz,
que ronda á la de Guillen.
Y el mancebo toca bien
y no tiene mala voz.

(Al empezar la trova Ruperta abre la ventana
y se fija en lo que pasa en la calle.)

(Dentro.) Niña, al pié de tu reja
llega mi amor,
y su doliente queja
pide favor.
Ten caridad
con el humilde esclavo
de tu beldad.

(Durante la trova antecedente entra por el firo
Juan el idiota de puntillas, y dejando ver un
pliego, se introduce en la habitacion de la
izquierda.)

(Dentro.) Si al pié de tu ventana
sigue en su afan,
muerto por la mañana
le encontrarán.
Ten compasion,
y dale por asilo
tu corazon.

(Se aleja la rondalla y Ruperta cierra la ven-
tana, instalándose en la chimenea.)

RUPERTA. De ese canto cada nota
dentro del alma ha vibrado
en recuerdos del pasado.

(Juan el idiota entra con lentitud por la puerta
del fondo, y va á sentarse en el banquillo que
antes ocupara cerca del hogar.)

¡Cómo! ¡Otra vez el idiota!
Habrá escogido el pajar
como otras noches le pasa
por refugio! Yo en la casa
no le quisiera dejar.
Fijamente le contemplo,
y ya le creo sospechoso,
porque es un mal contagioso,
en verdad; el mal ejemplo.

ESCENA XIII.

DICHOS, ANTONIO y SANCHEZ.

- ANTONIO. Ruperta, tengo el placer
de presentarte á un amigo!
el sargento Pablo Sanchez,
bravo camarada antiguo.
- SANCHEZ. Señora, dice el refran
que quien no es agradecido...
- ANTONIO. Vamos.
- SANCHEZ. Permítame usted.
Cuando en Africa estuvimos,
yo era entónces coracero,
y cazador su marido.
- ANTONIO. Historias de antaño.
- SANCHEZ. Historias
de valor y patriotismo.
Una mañana, al volver
de la avanzada, caimos
en una fiera emboscada,
que nos habian prevenido.
El terreno era un fangal;
se armó la de Dios es Cristo;
y yo me ví derribado
en el lodo, y hecho un lío.
Cerré los ojos, y dije
«me vendimian los moritos.»
- RUPERTA. Siga usted.
- SANCHEZ. Pero el fragor
de la revuelta y los tiros,
atrajo á una compañía

- de cazadores, que vino
á impedir una catástrofe
con su arrojo y con su brío.
- ANTONIO. No hizo más que su deber.
- SANCHEZ. Mas ¡de qué modo lo hizo!
Dígalo yo, que tenía
encima un morazo bizzo,
y de su gumía sentí
pasar por mi cuello el filo;
pero el cabo Antonio Lopez,
hoy acalde, feliz, rico,
de un culatazo rompió
á aquel bárbaro el bautismo;
es decir, no lo tenía,
pero el cráneo le deshizo.
- ANTONIO. Me felicito por ello. (Alargando la mano.)
- SANCHEZ. También yo me felicito, (Estrechándola.)
y reconozco la deuda
á fuer de hombre bien nacido.
- ANTONIO. Ruperta, vas á sacarnos
una botella de vino
y unos bizcochos de yema.
- RUPERTA. Serán ustedes servidos.
(Se dirige á un armario á la izquierda de la
puerta del foro. Juan toma la silla que Ru-
perta ocupaba cerca del hogar.)
- SANCHEZ. ¡Cruda noche! (Acercándose al fuego.)
- ANTONIO. Ya hablaremos
de los malhechores...
- SANCHEZ. ¡Chito!
- ANTONIO. ¡Cómo!
- SANCHEZ. Ese hombre. (Señala á Juan.)
- ANTONIO. Es un idiota.
- SANCHEZ. Pero al cabo es un testigo,
y en ciertos asuntos yo
ni de mi padre me fio.
- RUPERTA. Cuando ustedes gusten.
- ANTONIO. Vamos,
propongo un brindis.
- SANCHEZ. Lo admito.
- ANTONIO. Vaya á que su comision
tenga un éxito cumplido.

- SANCHEZ. Vaya por el cabo Lopez,
por su esposa y por sus hijos. (Beben.)
- ANTONIO. Tengo solo un chiquitin
de seis meses; pero listo,
robusto, de buena pasta.
- SANCHEZ. Fiel copia de tales tipos.
- RUPERTA. Exageraciones.
- ANTONIO. Tráele.
- SANCHEZ. ¡No incomodarle, angelito!
- ANTONIO. Es la hora en que despierta.
- RUPERTA. (Entra por la izquierda.)
Sí: las ocho y veinte y cinco.
- SANCHEZ. (Bajo á Antonio.)
En proyecto traigo un golpe
magistral y decisivo.
Tengo preso al principal...
(Suena un agudo grito de Ruperta.)
¿Qué es eso?
- ANTONIO. (Entra por la izquierda.) Con su permiso.
(Entra Brígida con la cesta del pan.)
- SANCHEZ. ¿Quién es?
- BRIGIDA. Una servidora
de usted.
- RUPERTA. ¡Me han robado á mi hijo!
- SANCHEZ. ¡Cómo!
- BRIGIDA. ¡Robado!
- RUPERTA. (Rechazándoles.) Dejadme.
Yo lo encontraré. ¡Hijo mio!
(Tropieza con una silla, cae y acude á levantarla Sanchez y Brígida.)
- SANCHEZ. ¡Ruperta!
- BRIGIDA. ¡Señora!!
- RUPERTA. Sí:
me lo volverán, de fijo;
que hasta el leon de Florencia
cedió de una madre al grito.
(Se precipita por la puerta del foro.)
- SANCHEZ. (Á Brígida.) Diga. ¿Usted es de la casa?
- BRIGIDA. Y muy de antaño.
- ANTONIO. (Sale demudado.) Bandidos,
¡con qué certeza han buscado
de mortal herida el sitio!

- SANCHEZ. ¡Ánimo, alcalde!
- ANTONIO. Este golpe...
- SANCHEZ. ¿Qué carta es esa?
- ANTONIO. Este escrito
estaba sobre la cuna,
donde he encontrado el vacío.
- SANCHEZ. Vamos á ver lo que dice.
(Abre el pliego y lo examina.)
- ANTONIO. Lea usted, Sanchez. Se lo exijo.
- SANCHEZ. (Lee.) «Si sueltas á los dos hombres,
»que en la cárcel has metido,
»te devolverán la prenda
»objeto de tu cariño.
»Ellos por él; y mañana
»se habrá frustrado el designio;
»y habrá causado tres víctimas
»tu afán por hacer servicios.»
(Antonio toma sombrero y baston, con ademán resuelto.)
- ANTONIO. Sargento, no salga usted.
- SANCHEZ. Pero...
- ANTONIO. Yo se lo suplico.
Déjeme usted las primeras
indagaciones. Mi instinto
me guiará. Pudiera serme
hasta funesto su auxilio.
- SANCHEZ. Mi deber...
- ANTONIO. Son diez minutos
de plazo los que le pido.
- SANCHEZ. ¡Diez minutos!
- ANTONIO. Sí; me bastan
para hallar al pobre niño;
haya que escalar el cielo
ó sumirse en el abismo. (Sale.)
- SANCHEZ. Son diez minutos de espera.
Pero por de pronto... El pito.
(Da un aviso con el pito. Juan se levanta con
viva inquietud. Brígida se sienta con abatimien-
to. Aparecen dos guardias civiles en la puerta
del fondo.)
Entrar puede todo el mundo.
Salir ni un alma. Está dicho.

(Al oír esta orden, Juan cae sobre su asiento y Brígida se levanta con súbita inspiración.)

ESCENA XIV.

BRÍGIDA, SANCHEZ, JUAN el idiota.

BRÍGIDA. (Ap. á Sanchez.) (¡Cuidado con ese pícaro!)

SANCHEZ. ¿No es idiota? Una ficción.

BRÍGIDA. SANCHEZ. ¿Es del país?

BRÍGIDA. SANCHEZ. ¿Y usted cree?... Forastero.

BRÍGIDA. SANCHEZ. Basta. (Alto.) Abuela, usted se instala en aquella habitación, y hasta que sus amos vuelvan no torna á salir. Que es un traidor.

BRÍGIDA. SANCHEZ. Adios. (Sale.)

SANCHEZ. Á mal venir buen tabaco; y es refran de jugador. (Saca un puro.)

Pero aquí no se realiza:
tabaco de la nación;
de á tres cuartos; coracero
veterano, como yo.

Pero arderá; se lo fio,
aunque tenga en su interior
más venas que un hipopótamo,
y más palos que un fogon.

(Toma un sobre de la mesa de despacho; lo enciende en la chimenea y examina atentamente á Juan.)

(Ap.) (¡Fisonomía imperturbable.

(Enciende el puro.)
Si no fuese un impostor,
y ensayáramos en él
inútilmente...) (Alto.) Empezó
la lucha con este pícaro,
rebelde á la combustion.

Otra pajoliya, y vuelta
á la faena; y van dos.

(Repite con lentitud el juego antecedente.)

(Ap.) (Esta vez tuve fortuna.
Le miré y palideció.)

(Alto.) Amigo peninsular,
avéngase á la razon;
porque de todas maneras
tiene de arder como el cook;
ó entre mis lábios sujeto
ó en la chimenea si no.

¡Sí! ¡Pues á la chimenea! (Lo ejecuta.)
Vencida la rebelion.

(Ap.) (En su semblante descubro
que le hago un efecto atroz.)

(Toma una silla y se instala junto á la mesa.)

Es preciso convenir
en que no hay estrella peor
que la que me influye desde
que mi madre me parió;
ni hombre con sino más triste
en cuanto ilumina el sol.

Si dotado no estuviese
de la paciencia de Job,
con la boca de esta llave
me habría arreglado el reló.

(Saca el revólver y lo pone sobre la mesa.)

De mi clase soy el número
cuatro del escalafon;
el pase me había valido
para Madrid el favor;
y allí, cerca de Maruja,
cotocado en la inspeccion,
rondaba dos conveniencias;
el ascenso y el amor.

Alguien tiene de pagar.
y bien cara, esta extorsion.

(Da un violento golpe en la mesa. Juan se estre-
mece.)

Éntre usted á perseguir,
y con este frio feroz,
por trochas y vericuetos
á la rapante legion,
que fugada de presidio
de esta comarca es terror.

Yo sé que no se me escapan;
que caen todos: no que no:
pero ¿quién me quita andar
en perpétua procesion;
y aquí descubro á un espía,
y allá pesco á un malhechor?
Lo que ellos no saben es
que al ciudadano ladron
que yo capture, le aguarda
un semestre de dolor.
Lo mato nérvio por nérvio,
cómo hacia la inquisicion,
y ha de maldecir mil veces
el instante en que nació.

(Viva inquietud del idiota. El sargento le vuelve un tanto la espalda, sin perderlo de vista.)

Y eso que no marchó á oscuras,
y que sé por donde voy;
pues deparóme la suerte
la preciosa detencion
del bandido valenciano,
Blas Miret, el Caragol,
hecho cabo en Tarragona,
y que el presidio escaló,
de otros cuantos caballeros
en feliz combinacion.

Y el tal Miret no quería
cantar; pero al fin cantó;
porque hay acompañamientos
que esfuerzan mucho la voz,
si el que lleva la batuta
entiende la direccion.

(Saca una cartera, y mientras repasa sus hojas, Juan expresa una resolucion desesperada: se contrae como para lanzarse sobre el sargento, y se vé lucir en su diestra un puñal. Sanchez tose, vuélvese para escupir y el idiota queda inmóvil.)

(Ap.) (La estatua se vá moviendo.
Marcha el asunto al vapor.)

(Alto.) Repasaremos los nombres
que contiene la instruccion
del amigo Blas Miret,

á quien convertí en tenor
di primissimo cartello,
cual se dice en la afición.

(Lee.) «Juan Cruz, alias don Leopoldo...

»Lúcas del Pino, el pastor...

»Jaime del Bosch, el hereu...

»Juan Monasterio, el sayon...

(Evidente agitacion de Juan el idiota.)

(Ap.) (Él es) (Alto.) «Antonio, el ventero,
y el tuerto de Vinaroz.»

Media docena de pájaros,
digna presa de este halcon.

(Se levanta, coge el sombrero y revolver, y se
vuelve hácia Juan, contemplándolo en silencio.)

Hombre, cualquiera diría,
contemplando el exterior
de ese infeliz... cotejando
sus señas y situacion...
el recelo de esa vieja...
las notas del Caragol...
los datos sobre otros simples...
fecha de su aparicion...
coincidencia de su estancia
con ciertos hechos... Ya voy
en la pista de una idea
que puede ser... ¡ilusion!

(Se pasea por la estancia en actitud reflexiva.)

Dicen que Juan Monasterio
la última pena evitó,
obstinándose en fingir
la demencia con teson.

Punto y aparte. Me exigen
hechos de marca mayor
para ascenderme en la escala.

Punto y seguido. Si yo
presento á esta vera efigies,
en lugar del salteador,
y á la autoridad le entrego,
por supuesto en un seron,
diciendo que al darle el alto
á la guardia resistió,
y fué preciso matarle...

¡Qué diablo de tentacion!
(Pausa.) Lo que es cierto que este golpe
podía ser deslumbrador.

Blas Miret asegurado;
hecho añicos el Sayon;
porque este simple es su imágen,
y por él pasa en rigor;
ni habla, ni entiende, ni vive.
Causa el verlo compasion,
y en quitarle de este mundo
hasta se le hace un favor,
y á título de inocente
tiene allá colocacion.

(Señalando al cielo)

Los diez minutos de plazo
que el alcalde me pidió
van corriendo y es preciso
fijar mi resolucion. (Monta el revolver.)
Juguemos á cara y cruz
este lance con valor.

Un duro. Cruz es la vida.
Cara es la muerte. Atencion.

(Al hacer la suerte, el idiota se levanta con
terror.)

Cara. *Requiescat in pace.*

(De rodillas.) ¡Misericordia!
(Ap.) (Cayó.)

JUAN.

SANCHEZ.

¡La vida!

¡Perro!

¡La vida!

Cobarde, no hay compasion.

Sargento...

Si eres cristiano
reza pronto.

¡Por favor!
Lo diré todo.

¿Y el niño,
dónde le tienes, bribon?

Parecerá.

Si me engañas...

Lo juro.

Entrega traidor,

- el puñal; pues no tuviste para herirme corazón.
- JUAN. Ahí está. (Le arroja á los piés de Sanchez.)
- SANCHEZ. ¿Conque la vida me pides, vil salteador? ¿No sabes la que te aguarda en Melilla ó el Peñon?
- JUAN. Los presidios tienen puertas mientras que el sepulcro no.
- SANCHEZ. Levanta.
- JUAN. (Obedece.) Entregadme vivo.
- SANCHEZ. Más con una condicion.
- JUAN. Acedtada.
- SANCHEZ. El niño ó mueres.
- JUAN. Vamos.
- SANCHEZ. De tí voy en pos; suelto vas; pero no intentes la fuga.
- JUAN. Palabra doy...
- SANCHEZ. Mira bien este revolver. Es una conversacion á tiros. Juan Monasterio, vames y librete Dios. (Salen precipitadamente por el fondo.)

ESCENA XV.

BRÍGIDA, luégo RUPERTA.

- BRIGIDA. ¡Nadie! El sargento se fué, y tampoco está el idiota. ¿Qué habrá pasado? Venía para explicarle una cosa: saltaron por la ventana sin reja, que hay en la alcoba, y se habrán llevado al chico mientras yo salí. Señora...
- RUPERTA. Déjame.
- BRIGIDA. Permita usted...
- RUPERTA. Déjame. Quiero estar sola.
- BRIGIDA. Vamos...
- RUPERTA. Yo te lo suplico.

BRIGIDA. Está bien. (Retirándose.)
RUPERTA. Me vuelvo loca.
(Cae con abatimiento en una silla.)
Virgen de los dolores,
mi fé te implora;
al bien de mis amores
dáme, Señora.
Yo me dirijo
á la madre, que un dia
buscaba á su hijo.
Una traicion horrenda
de mí lo esconde:
pregunto por mi prenda;
nadie responde.
Favor, Señora;
tú que eres de las madres
la intercesora.
Tornen el bien perdido
á ver mis ojos;
madre, yo te lo pido,
puesta de hinojos,
reina del cielo,
Virgen de los dolores,
dame consuelo.

ESCENA XVI.

RUPERTA, ANTONIO por el foro.

ANTONIO. Ruperta.

RUPERTA. (Levantándose.) Antonio.

ANTONIO. Tu afan

á calmar un tanto vengo.
No desesperes. Yo tengo
para hallar al niño un plan.

RUPERTA. ¿Sí?... Saberle necesito.

ANTONIO. Buscando á la prenda mia
sobre su cuna vacía
encontré un papel escrito.

Y en él los infames esos
me piden, sin dar sus nombres,
que fibres deje á dos hombres.

que en la cárcel tengo presos.
Juzgo que gentes extrañas
al distrito deben ser.

RUPERTA. ¿Y prometen devolver
al hijo de mis entrañas?

ANTONIO. Sí. Por esa iniquidad,
ponen fin á mi tormento.

RUPERTA. Acepta, y en el momento
los pones en libertad.

ANTONIO. Pero al romper las prisiones
de los de la inicua grey
me considera la ley
encubridor de ladrones;
y agravando mi condena
el mando que me compete,
voy á buscar el grillete
de los siervos de la pena.

RUPERTA. ¡Jamás!

ANTONIO. Estéril suicidio
lo que proponen envuelve
si un hijo no me devuelve,
y me conduce á presidio.

RUPERTA. Cierto.

ANTONIO. Pero me dispongo
á adoptar el fingimiento,
á figurar que consiento,
y que en libertad les pongo.
Yo les trazaré senderos
que á punto forzoso den,
donde apostados estén
mis bravos escopeteros.
De los medios adoptados
el próspero fin colijo
de recobrar á nuestro hijo
y burlar á esos malvados.

RUPERTA. ¡Oh! No vayas á exponerte
en una fatal partida.

ANTONIO. Déjame buscar la vida
con las ansias de la muerte.

RUPERTA. No agraves el golpe cruel
que en el alma recibí.

ANTONIO. No puedo vivir así.

No puedo vivir sin él.

ESCENA XVII

DICHOS, SANCHEZ, ROBLEDO y GUARDIAS.

- SANCHEZ. ¡Victor, alcalde! Hemos hecho un servicio de importancia. Del bando usted ya tenía dos pájaros en la jaula, y yo vengo de cazar otros cuantos que faltaban.
- ANTONIO. Hable usted.
- RUPERTA. Pero ¿y mi hijo?
- SANCHEZ. Sin él todo importa nada.
- RUPERTA. El niño parecerá?
- SANCHEZ. ¿Parecerá?
- RUPERTA. Mi palabra.
- SANCHEZ. Como si estuviera aquí. ¡Serenidad!
- RUPERTA. No me falta.
- SANCHEZ. Robledo. El recluta al frente. (Robledo saca al niño, que trae cobijado en la manta.)
- RUPERTA. ¿Es el mismo?
- SANCHEZ. ¡Hijo del alma!
- ANTONIO. (Se apodera del niño y entra por la izquierda.) Dispense usted sí...
- SANCHEZ. Comprendo...
- ANTONIO. Ruego á usted que no se vaya.
- SANCHEZ. Aquí espero.
- ANTONIO. Adios. (Alejándose.)
- SANCHEZ. Adios.
- ANTONIO. ¿Debo á usted la vida. Gracias! (Váse.)
- SANCHEZ. Nos pondremos en camino apenas despunte el alba, y vamos á Santander á entregar esa canalla. Cuenta que es gente de ojo, y ojo al Cristo, que es de plata. (Robledo y los guardias se retiran.)

ESCENA XVIII.

SANCHEZ y BRÍGIDA.

- BRIGIDA. Conque el tonto...
SANCHEZ. Era una pieza
de las de marca imperial;
y guiado por usted,
le hice el habla recobrar.
- BRIGIDA. ¿Y el niño?
SANCHEZ. Le tenía oculto
en la venta otro qué tal,
llamado Antonio Garcés,
más ladron que Barrabás.
- ANTONIO. (Dentro.) Brigida.
BRIGIDA. Señor sargento,
usted ha vuelto á este hogar
su alegría. Dios le otorgue
salud y prosperidad. (Váse.)

ESCENA XIX.

SANCHEZ, RUPERTA, ANTONIO.

- RUPERTA. Reciba usted el tributo
de gratitud de una madre.
- ANTONIO. Permita usted que su mano
estreche en las mias, compadre.
- SANCHEZ. Van á conseguir ustedes,
vive Cristo, que me enfade.
- RUPERTA. ¡Cómo!
ANTONIO. ¿Por qué?
SANCHEZ. Porque olvidan
lo que no puede olvidarse;
y es que entre nosotros dos
había una deuda de sangre.
*No hay plazo que no se cumpla,
ni deuda que no se pague.*

TELON.

ZARZUELAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
¡Á la Pradera! ¡Á la Pradera!.....	1	Sres. Maestre y Arnedo.....	L. y M.
Arte de Biribirloque.....	1	Caballero y Reig.....	L. y M.
Cantar victoria.....	1	Maestre.....	L.
Curriya.....	1	M. Fernandez Caballero.....	M.
Dos siglos en una hora, <i>revista</i>	1	Maestre y Arnedo.....	L. y M.
El faldon de la Levita.....	1	G. Perrin.....	L.
El gran Turco.....	1	Perrin y Nieto.....	L. y M.
El Mascoto.....	1	Cuartero y Taboada.....	L. y M.
El lápiz mágico.....	1	Palomino de Guzman.....	L.
En el otro mundo.....	1	M. Nieto.....	M.
El mono Ton-Kóng.....	1	A. Croselles.....	L.
Entre dos tios.....	1	Segovia y Nieto.....	L. y M.
I comici tronati.....	1	Palomino, Cuesta y Mangiagalli.....	L. y M.
Ingleses y Flamencos.....	1	Antonio Roig.....	M.
La venganza de Mendrugo.....	1	Palomino y Mangiagalli.....	L. y M.
La del tren.....	1	Croselles y Taboada.....	L. y M.
La mantilla blanca.....	1	Navarro.....	$\frac{1}{2}$ L.
La gran noche.....	1	Juan Maestre.....	L.
La oracion de san Antonio.....	1	L. Arnedo.....	M.
La vuelta de Mendrugo.....	1	Juan Maestre y Arnedo.....	L. y M.
Las mañanas del Retiro.....	1	L. Arnedo.....	M.
Música del porvenir.....	1	Nieto.....	M.
Otelo y Desdémona.....	1	Manuel Nieto.....	M.
Por una corbata.....	1	M. Noguerras.....	L.
¡Pobre glorial!.....	1	Manuel Nieto.....	M.
Tragarse la pildora.....	1	Manuel Nieto.....	M.
Un lío en el ropero.....	1	Zumel y Croselles.....	L.
Valiente pesca.....	1	Juan Maestre.....	L.
Noches de Madrid.....	2	Cuesta, Croselles, Palomino y Mangiagalli.....	L. y $\frac{1}{2}$ M.
La cruz de fuego.....	3	Pedro Miguel Marqués.....	M.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de *D. José Gaspar*, calle de la Montera número 5, de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, número 7; de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9; de los *Sres. Córdoba y Compañía*, Puerta del Sol, núm. 14; de los *Sres. Simon y Osler*, calle de las Infantas, núm. 18; de los *Sres. Gaspar*, editores, calle del Principe, núm. 4; *D. Eduardo Martínez*, calle del Principe, núm. 20, y *Saturnino Calleja*, Paz, núm. 7; *D. Eugenio Sobrino*, Santiago núm. 1, y de *Don Miguel Guijarro*, preciados, 5.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los Corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, núm. 94.—
Lisboa.

FRANCIA.

Librería de *Mr. E. Denné*, 15, Rue Monsigny, Paris.

ALEMANIA.

Mr. Wilhelm Friedrich, editeur, Leipzig.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.